

La poética del psicoanálisis y del exilio de Edmundo Gómez Mango (1940-2019)



MARTA LABRAGA DE MIRZA¹

SE CERRÓ EL EXILIO...

Esta fue mi frase íntima en el momento de saber de su muerte y del asalto de la congoja, del adiós imposible, en ese tiempo suspendido, especial de descreencia, de sideración y dolor. Y también enseguida el sentimiento opaco de que la muerte es el exilio definitivo. Lo es para la vida mortal, pero no sabríamos decidirnos si esto es así porque para muchos como yo y desde 1976 su exilio geográfico y político lo volvió siempre el «retornante» en una presencia discontinua de encuentros de palabras a través de sus libros que nos hacía llegar, sus notas, ensayos de lecturas, y después también por sus intercambios en la otra realidad encarnada recién a partir de 1986, cuando pudo regresar, y en las presentaciones de sus libros que tuve el honor de realizar. Esto no borró nunca las marcas de dolor e injusticia de ese desgarró que lo obligó a desprenderse de todo lo más propio y querido y sufrir por sí mismo y por todos los que vivían su misma condición y por los uruguayos que quedaron también en el insilio o detenidos o desaparecidos.

Y me doy cuenta de que escribo estas páginas ubicando al amigo ausente en ese lugar sin lugar, el exilio, que se hace «tópico» literario, psi-

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. martalabraga@gmail.com

coanalítico y existencial. Me guía Edmundo, que, como todos los muertos queridos, hace que permanezca abierta para nosotros la itinerancia discontinua de los recuerdos y la rememoración, la recreación de su obra en la lectura y en la transmisión, acompañando su falta que hace patente lo que nos hace falta de su decir y de su presencia. Pero la evocación del exilio no surge solamente del destierro que tuvo que vivir por la persecución política del régimen de terror de la dictadura militar que se desarrolló en Uruguay. Ese tiempo inaugural del alejamiento obligado de EGM de su país y de los seres queridos y de las palabras y las cosas de su entorno, ese tiempo de pérdidas, lo llevó a reencontrar en su literatura, a la que se dedicó y que lo acompañó siempre, el núcleo de «exilio» y extranjería que es propio de todo aquel que vive en la lengua. Y esa es también la condición del sujeto en análisis, con el balbuceo y lo fragmentario de quien no está «haciendo» una historia, sino de quien tiene que descomponer la suya y partir hacia otros lugares. De quien encuentra en el análisis los vacíos de toda la narrativa y de todas las sentencias con las que sostuvo su vivir.

Por su talento lingüístico y literario y por su entrega psicoanalítica a un descubrimiento permanente de lo subjetivo en su verdad escondida, algo de Edmundo siempre perforaba esa capa de estereotipos, de modelos adaptativos, de frases hechas o de reaseguradores y convenientes perfiles de las teorías. Y siendo un caballero del psicoanálisis y la literatura en su clasicismo, su escritura siempre era de libertad y rebelión.² Desde el acontecimiento que hizo virar su historia en adelante en dos geografías, Francia y Uruguay, siguió algo ya iniciado aquí, el existir «entre dos» lenguas y entre versiones, traducciones y recreaciones de ellas.

Cuando se produjo su regreso (1986) recuerdo hoy el impacto que me provocó escucharlo hablar en APU del destierro y del exilio desde su experiencia más íntima y literaria. Comentaba en su «retorno» también a su lengua española, al Cid, el primer gran desterrado de la literatura española. Porque creo que como analistas nos marca el exilio mítico griego de Edipo: el que se destierra ciego pero de tanto ver y que estuvo siempre condenado

2 Cf. Gómez Mango, E. (2000). *Le fait de l'analyse*, n.º 9, *Les pensées inconvenantes*. París: Autrement, que dirigió con otros analistas.

a entender a destiempo. Pero el destierro del Cid Campeador en la Edad Media, entrado ya el cristianismo, parece tocar algo cercano que nos toca en lo actual. Fue provocado por «sus enemigos malos» («esto me han vuolto mios enemigos malos»), condensando en el verso del perseguido la envidia, la ambición y el abuso de poder que lo expulsaran. Y en medio de lo sufrido en esos diez años, Edmundo dirigía su palabra de retorno a marcar el desgarramiento del que se va y se separa «como la uña de la carne»; nombraba la pérdida, la ausencia y la separación a través de la poesía: «De sus ojos tan fuertemente llorando tornaba la cabeza y estábalos catando».

Y siempre entonces supo decir el modo en que la palabra poética podía dar cuenta de algo desaparecido en la lengua, y es también la palabra analítica la que puede escuchar lo que no está, lo inaudito, eso seguramente no oído por el sujeto mismo.³

Desde el exilio político abría o reabría con su escritura el otro «exilio», ese tópico que lo acompañó siempre, el del hombre que lee entre los signos del lenguaje, que sabe leer poesía porque ella dice verdades que la razón no entiende. Y lo «exiliado» es ese lugar psíquico para un sujeto en el lenguaje, siempre a cierta distancia insalvable de la cosa misma y de las cosas del mundo, del sentido o del «objeto perdido». Y de nuevo sentir hoy que todos quedamos desterrados con su muerte y algo nuestro se pierde con él y esa tierra que es la suya actual nos es desconocida.

Pero como artista de las letras que era, en su escritura desplegó siempre la concepción del sujeto como «migrante de signos», como «exiliado en la lengua», como alguien para quien siempre hay algo de obstáculo en la palabra, algo opaco, y no solo para el escritor. Y esta visión poética del lenguaje en su producción-creación, en su «poiesis» misma, la concibió como la relación íntima entre el psicoanálisis y la literatura, por esa forma de lo psicoanalítico de escuchar lo que destierra al hablante de toda certeza de su decir, por ese atravesamiento permanente del inconsciente. Sus textos llevan siempre a la relectura por el carácter poético, que es recurrente, que apela al retorno sobre lo leído, en que lo conceptual está anudado a un ritmo que obliga al «regreso».

Hoy, evocando su voz y las modulaciones de su decir, surge encarnado en el pensamiento y la escritura esto que desarrolló siempre sobre la palabra poética y la palabra psicoanalítica. Pudo elogiar desde su prosa poética todo lo que hace aparecer huecos en el decir y pensar y produce inquietud, sentimientos de extrañeza, de su «inquietante extrañeza» (el *Umheimlich* freudiano), expresión que prefería a lo «ominoso», pero que puede también espantar, conducir al abismo de la locura, como señalaba Elías Uriarte que se descubre en la etimología alemana de la palabra, en una notable página de *Brecha*.⁴

Esta es una condición para el psicoanalista y para el amante de las letras: la tolerancia a lo extraño y diferente, al desasosiego, a las angustias, a lo fragmentario y al desear. Encontré en *Freud con los escritores*, libro que escribió en conjunto con J.-B. Pontalis,⁵ su analista, maestro, amigo y admirado escritor, que algo de lo que destaca de Freud, sobre todo al recorrer sus autores preferidos, podemos referirlo también a él. En medio de su capacidad de escuchar la locura en la clínica, en los teóricos que seguía y en los oscuros movimientos de los poetas, en sus imágenes y escrituras, Juan Gelman o Alejandra Pizarnik, o en los místicos españoles, descubríamos su profundo gusto por lo clásico de la prosa o por la elegancia de una teorización equilibrada. Goethe, Schiller, Heine, Hoffman eran los elegidos por Freud y también por Edmundo. Junto a otros autores que le eran contemporáneos y escritores latinoamericanos.⁶ Pero siempre sin dejar de lado a los románticos o los simbolistas, como leemos en su libro *Un mudo en la lengua*,⁷ mientras que las formas disruptivas y distorsionadas de la poesía y la dramaturgia más actuales no le eran afines.

Su obra pone de manifiesto las derivas de su formación: del estudiante de letras que se vuelve profesor y traductor, pasa al estudioso de medicina y llega a la psiquiatría: allí son otros «signos» los que escucha, pero siempre guiado por las letras que saben decir del amor, la locura y

4 *Brecha*, 11 de abril. Montevideo 2003.

5 Gómez Mango, E., y Pontalis, J.-B. (2014). *Freud con los escritores*. Buenos Aires: Nueva Visión.

6 Gómez Mango, E. (2000). *Vida y muerte en literatura*. Montevideo: Trilce.

7 Gómez Mango, E. (2009). *Un muet dans la langue*. París: Gallimard.

la muerte, y se abre entonces a la clínica psiquiátrica, a la escucha de los enfermos. En simultáneo se vuelve lector meticuloso y también apasionado de Freud y del psicoanálisis, y ya en Francia se dedica también a una práctica comprometida con las víctimas de persecución como en el Centro Minkowska, donde atendió en París largas décadas en contacto con la experiencia de los doloridos testimonios de quienes lo consultaban, en primer lugar latinoamericanos y también migrantes de otros lugares. Son incontables sus participaciones públicas en actos contra la dictadura, contra la impunidad de los regímenes de terror en América Latina, por los desaparecidos. Y son memorables sus libros como *La place des mères* (1999), *El llamado de los desaparecidos* (2004) (sobre el poeta Juan Gelman) o *La desolación* (2006), en el que desarrolló en su especial escritura una reflexión genealógica sobre la barbarie en la civilización contemporánea citando como epígrafe a Freud: «Vivimos en un tiempo particularmente curioso. Descubrimos con sorpresa que el progreso ha concluido un pacto con la barbarie». Movimientos de los hombres contra los hombres que el siglo XX exhibió en todo su horror y que el XXI lleva a la obscenidad lo condujeron a ampliar la concepción de lo exiliado y lo desterrado, a encontrarlo no solo en los grandes exterminios y sus efectos, sino en la producción incesante en el mundo actual de seres desamparados, el movimiento constante de los migrantes atravesando continentes sin ubicación posible y las formas actuales de «genocidio» bajo modos de guerra, poder, dominio, marginación, guiado también por la idea de la desolación de Hanna Arendt.

Edmundo en múltiples textos escribió sobre esa desolación y su dolor por las víctimas del terrorismo de Estado en nuestros países. Lo mismo que su modo continuo de nombrar a los desaparecidos era hacerlos vivir ante nosotros, no solo para no olvidar, sino porque así la labor de exterminio nunca se cumpliría, él con su prosa poética la interrumpía. Retomaba en su *Carta* a Gelman: «Nunca los daré por muertos».

Así lo vemos en ese libro en el que EGM «se» reencuentra a sí mismo en el poeta que escribe el grito de su *Carta abierta* en busca de su hijo y de los desaparecidos, que comenta la poesía mística de santa Teresa y san Juan de la Cruz, pero también las letras de tango de Homero Manzi, buscando obsesivamente algo que «huye» en el verso de la lengua castellana.

Y Edmundo comenta: «El obstinado profundizar con su propio lenguaje poético en la experiencia del exilio y del duelo, lo condujo inexorablemente hacia esa tradición, hacia ese sustrato lingüístico». Y desarrolla aspectos de la posesión poética, que él lee en Gelman y Gelman lee en los poetas místicos y en la poesía sefaradí, y que vemos aparecer en los hilos de la escritura del propio Edmundo guiado por la fascinación que le produce ser conducido a esa locura, del «hablar en lenguas» en que la voz es de todos y de nadie.

Estas palabras que van siguiendo sus recorridos «exiliados», palabras a su memoria, nos llevan a recordar sus propias palabras de despedida a J.-B. Pontalis cuando muere, en el 2013: «Usted me hizo sentir que nuestro verdadero exilio es el del lenguaje, que hemos perdido para siempre el “reino de las madres” que hemos caído definitivamente en la lengua». «¿Cómo volver a escuchar el “antes”, cómo acceder por y en el lenguaje a aquello que el lenguaje nos ha hecho inexorablemente abandonar? ¿Escribía usted para eso, para alcanzar el “claro” de las palabras? ¿Su palabra buscaba eso, la claridad? ¿Quería aclarar la sombra de los orígenes, la noche del desamparo, pero también recobrar el gozo infinito de la sensualidad infantil, intacta, alucinada, donde siempre es hoy, lo que usted llamaba, con Pascal Quignard, “la quinta estación”?»⁸

Esta era la «melancolía literaria» que Edmundo también cultivaba, el otro exilio, el eterno retorno, el viaje al fin de la noche, las formas de la soledad, la ocurrencia que atraviesa y trae un vuelo místico o de inquietante extrañeza. Sin duda este modo de concebir el lenguaje y de vivirse en la lengua lo alejaba radicalmente de Lacan y del Lacan al que no llegó a querer conocer o leer en todas sus sucesivas concepciones, vedado por un rechazo originario y transferencial. De estas diferencias y disidencias, de su modo de concebir una pérdida originaria como «arché» y su nostalgia permanente, también intercambiamos con él, muchas veces, y con Daniel Gil, con quien nos sorprendíamos del rechazo frontal que le producía Lacan, a él, tan amante de las complejidades del lenguaje, de lo inconsciente, de las ocurrencias y de la inquietante extrañeza. También transmitía que

8 Pontalis, J.-B. (2013). El psicoanalista de la vida moderna. *RUP*, n.º 116.

lo impactaban las revelaciones abismales de la gran poesía, y para comprender el misticismo poético llegó a citar y desarrollar las últimas frases de Freud: «Misticismo: autopercepción oscura del reino, más allá del Yo, del Ello». Nuestras concepciones del sujeto y del lenguaje eran muy diferentes y fue siempre muy enriquecedor acercarnos a las diferencias en el psicoanálisis y al mismo tiempo tener una misma pasión de referencia en las letras. Pero su «melancolía literaria» y sus memoraciones lo llevaban a los poetas y a los escritores románticos, «a la vieja y siempre joven noche del romanticismo», como dijo. A querer siempre acercarse a «las virtudes positivas de las tinieblas», como escribió sobre Onetti.⁹

Los románticos desplegaban su decir en imágenes y con ellas también escuchaba a los pacientes desde y en su subjetividad sentimental, con sus poetas queridos, Baudelaire, Rubén Darío, Holderlin, Goethe, quienes lo llevaban a las Madres originarias y a la añoranza de un paraíso perdido de plenitud, de sensualidad infantil intocada. Ese retroceder en busca de un «antes» del que podía decir «que jamás existió», como «ese otro prehistórico que nunca existió» del que escribía Freud a Fliess, pero que al mismo tiempo él evocaba como si no quisiera tener noticias del *après-coup*, (*Nachtraglichkeit*) más que en la reversión de la frase poética.

Retomando el comienzo, su «poética» del psicoanálisis y del exilio diría que Edmundo confiaba en el decir-escribir y subrayaba su deseo siempre de escuchar la pérdida y el hueco entre las palabras, pero sosteniendo la recuperación permanente del sentido por el lenguaje y su valor.

Como sucede con esos seres capaces de dejar una marca profunda y creativa en otros, sin duda, porque hacen sentir la dedicación con la que se entregan a la transmisión de lo que los apasiona, Edmundo despierta diferentes tipos de recuerdos y tenía grupos distintos de amigos, en los que podían aparecer las sutilezas y los matices de la palabra y el lenguaje junto a la expresión popular del tango o del boliche. Para mí está la extrañeza dolorida de no encontrar más las respuestas del «compañero de letras» con quien discutir e intercambiar páginas de literatura y comentarios de psicoanálisis y filosofía, y también, desde hace quizá más de veinte años, la

9 Cf. Onetti, J. C. (2011). El pozo. En *Crónicas de la amistad y el exilio*. Montevideo: Banda Oriental, p. 115.

comunicación de otros mails que respondían solos o en grupo de amigos a las resonancias que tenían en nosotros las violencias contemporáneas, los abusos del poder, las mutaciones civilizatorias y los «hechos políticos» de Europa y del mundo, en nosotros, seres de la polis, para pensar y con-movernos con sus turbulencias y sujetos de lo privado en el recogimiento, aunque no menos turbulento, de nuestra tarea diaria.¹⁰

Pero tuvo amigos entrañables, que eran sus «amigos-hermanos» escritores y analistas, como Daniel Gil en Montevideo y Marcelo Viñar y Guillermo Bodner en Europa, con encuentros más esporádicos de lo que hubieran querido y de intimidad singular y familiar, de analistas y médicos doblemente exiliados, como compañeros de estudios, de juventud y de pensamiento.¹¹ Y a todos nos dedicó su libro *Crónicas de la amistad y el exilio* (2011).

Esa itinerancia sobre su obra que señalé al principio será múltiple durante mucho tiempo, y ya en los últimos años pudo ser conocido por un público amplio de psicólogos y estudiantes que seguirán familiarizándose con sus libros y su pensamiento. Su trabajo fue continuo con lo humano dolorido, quebrado, aislado y al mismo tiempo rescatado en la creación. Hablaba de las víctimas que en su carne habían sufrido la tortura, el encierro o el exilio en sus facetas más crueles, pero también hablaba del dolor de la locura y del exilio de la otra lengua (que experimentaba en su labor de traductor y cuyos límites y alcances despliega el libro tan valioso *L'auberge de l'étranger*, de Antoine Berman) o del exilio y la imposibilidad de vivir y el ansia permanente de escribir de una poeta como Alejandra Pizarnik, cuyo dolor y sufrimiento no cejaban y su escritura duplicaba y tuvo que encontrar alivio adelantando su muerte en vez de esperarla. Uno de los últimos trabajos de Edmundo fue el prólogo para la edición de la correspondencia de Alejandra Pizarnik y su analista, León Ostrov. Prólogo que se publicó en Francia en el 2015 con el título «Lettres d'une jeune femme à

10 El grupo de origen por mail era muy querido y heterogéneo: Daniel Gil, Marcelo Viñar (con las referencias cálidas a Elsa, Maren, Roger), Guillermo Bodner, Carlos Romero, Omar Markarian y otros que se iban alternativamente agregando.

11 «Los médicos con pluma» son un grupo de médicos escritores como Carlos Romero, Omar Markarian.

son ancien analiste» (como me fue trasmitido por el mismo Edmundo en una comunicación personal, del mismo modo que las citas que siguen). Le interesó especialmente la relación analista-analizada, que se adentraba en sus interrogantes: qué es lo que se escucha de uno y otro en esos entrecruzamientos de las lenguas. Así como le interesaba interrogarse por la relación escritor-lector. Descubre también una poeta asombrosa, de la que escribió: «se conjuga la tortura psíquica y sus angustias de muerte con su poesía, en núcleos temáticos que son nudos de palabra, terribles nudos de goce» que la llevaron al suicidio. Y habla del «dolor migrante que ignora su origen y no puede fijarse y se desterritorializa constantemente»; «Está condenada a vivir en y por el lenguaje. Pero el lenguaje no puede vencer aquello que no le pertenece, un nudo primitivo de “antes” de la palabra», donde reaparecen el alcance en Edmundo de su concepción «mística» de una fusión primera del psiquismo con los «orígenes» y al mismo tiempo la necesidad del analista de separarse de los lugares nocivos del todo poder. A. P. tiene una frase sobre su analista que EGM subraya como un hallazgo: «Este “león” (León Ostrov) es una especie de Sr Nada disfrazado de Sr Todo».

Me surge ahora: ¿dónde se detiene una memoria del ausente? Dónde detener la rememoración. Edmundo no se entregó a la escritura de poesía o a la ficción y sí a todos los misterios del lenguaje en acto de escritura. Porque escribía y leía como poeta y se dejaba «seducir» y conducir por la poesía. Por eso del psicoanálisis, distinguiéndolo expresamente de la literatura, decía que estaba entre el «matema» y el «poema», como nos transmitió siempre Daniel Gil que lo escuchaba decir.

Y su dedicación al libro último que escribió junto a Pontalis, *Freud con los escritores*, fue una gran alegría para él porque, como señalé en mi reseña crítica,¹² recogía aspectos que le eran muy propios desde la profunda transferencia con Freud. «Revelar lo que el psicoanálisis y en particular su fundador le deben a la literatura.» Pero el libro es mucho más que esto.

Su efecto es hacer aparecer diferentes «Freud» en su relación con las letras, lo que «retorna» de ellas, el contexto de su creación, sus ideas en estado naciente. ¿Qué de Freud y de su intimidad subjetiva se desprende

de sus citas?, ¿qué escritores elige? Surgen sus diferentes perfiles: el Freud «escandaloso» o el «normativo». El libro nos introduce en distintas bibliotecas: la de Freud y sus lecturas y las de los autores y sus variados intereses.

Lo que Freud privilegiaba era un «conocimiento laico que libere el pensamiento de los hombres de los prejuicios culturales y religiosos», los que impiden a los hombres «su bien máspreciado, la sexualidad». Los prejuicios promueven las «servidumbres voluntarias» y las sumisiones, con el riesgo del «culto al héroe», desde la Antigüedad al Führer. La racionalidad desencantada y escéptica de Freud ve al hombre sometido a sus vasallajes, pero luchando contra la seducción de los «fines superiores», fuente del fanatismo y sus trampas imaginarias.

Las últimas comunicaciones por mail que tuve, resignificadas ahora desde su ausencia, eran un retorno conmovido y conmovedor sobre todo aquello que como enigma siempre lo había convocado y que se abría con su carga de «imprescriptible» e insondable en su madurez. La barbarie contemporánea. La impunidad, la imposible restitución a los dañados de algo de su vida anterior, la ausencia oscura y siempre tenebrosa de los desaparecidos, el saber que la verdad de cada uno, de sus desapariciones, se encontraba registrada y no se la quiso hacer visible. El mal, y los errores y horrores del pensamiento. Y retomando lo que escribí en la reseña, digo:

«El analista habla y escribe en relación al “horizonte de subjetividad” de su tiempo pero también mantiene un lazo con los escritores de otros contextos, autores de ficciones literarias y psicoanalíticas, lazo de transmisión, desde Freud mismo. Lo que los acerca es “lo contemporáneo” que solo algunos y no solo los clásicos, pueden provocar. Es un encuentro transferencial desde donde “lo contemporáneo” de Freud y de algunos escritores nos habla, a partir de autores como Shakespeare, Goethe, Heine, Hoffmann, “con” los que Freud escribe su obra; ellos tienen el poder de concitar de modo inagotable “lo oscuro” del presente de cada lector y hacer percibir la claridad que aún no llega. El poeta sería siempre nuestro contemporáneo porque fija su mirada sobre su tiempo, como dice Agamben, ve “la sonrisa loca de su siglo”, “percibe no sus luces sino la oscuridad [...] las tinieblas del presente [...] su sombría intimidad”» (*Qu'est que le contemporain*, 2008).

Y lo oscuro del presente, decía Edmundo, seguirá reabriéndose, «de todos modos les dejamos a nuestros hijos un mundo muy diferente al soñado», decía en su último mail.

En su último trabajo (al que no pudo asistir), para un debate organizado por Laurence Kahn sobre *Lo que el nazismo hizo al psicoanálisis*, aparecía como condensación lo que llamó siempre para sí y en sus textos el «caso» Heidegger. El poeta de la filosofía y el metafísico de la poesía, que nos acompañó y guio a todos los que desde las letras lo leíamos admirados y gozamos de la palabra filosófica más reveladora de la angustia y de la condición del ser en el mundo. Esa pérdida de la cosa misma que brillaba en el lenguaje centro del pensamiento filosófico brillante de Heidegger convivía con su pensamiento y su labor oscura de difusión y valoración del nazismo.

«El “caso” Heidegger, el “alpinista” de la metafísica como le llamara José Bergamin, un enigma, un ejemplo quizá, de cómo un núcleo ideológico “impensable” no sometido a la crítica, fascina y pervierte, la actividad del pensar.» Y dice que un sistema de filiación casi delirante entre Heráclito, el Maestro Eckhart, Holderlin y él mismo lo convenció de que el nacionalsocialismo encarnaba una verdad interna y grandiosa: Alemania la germana estaba destinada a salvar a Occidente de su decadencia ontológica.¹³

Edmundo volvió en el último tramo de su vida a retomar esta lucha íntima entre el poeta y el filósofo, el pensamiento y la posibilidad inmensa del mal, porque lo siguió convocando el dolor del abismo humano tentado permanentemente por la destrucción y coexistiendo con «la fuerza de atracción» de vida. Justamente se le vuelve imprescindible también, y no como rescate de la figura de Heidegger, sino aún como un punto que aumenta la complejidad de su «caso»: el amor-amistad de Heidegger-Hanna Arendt con una correspondencia durante 50 años y la relación de H con el poeta Paul Celan.

Destaco todo esto acá porque es mi modo de poner en palabras algo del pensamiento y la sensibilidad de EGM, porque su obra seguirá desplegando estos que primero parecen alegatos: la militancia por la justicia y la verdad, la lucha contra la impunidad o el llamado de los y a los

13 Gómez Mango, E. (2006). *La desolación*, p. 83.

desaparecidos, pero que constituyen una profundización psicoanalítica extremadamente fina calando en los resortes del desear y del goce de los sujetos y en la compleja relación entre el ser y los otros, esa trama que hace sujeto psíquico y de la que nacen las fuerzas que hacen amar y destruir. ♦